

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

UNA VOZ AUGUSTA

*Eviter la nécessité de choisir*; con estas palabras se ha intentado reflejar, en forma sintética, cuál es la posición de Francia ante el problema de la integración europea y si la mención esquematizada resulta afortunada, será preciso añadir que en determinadas coyunturas históricas, pugnar por el logro del diferimiento de los problemas, sólo puede conducir a la agravación de los mismos y que el pueblo que elija este camino, corre el riesgo de situarse al margen de la historia. Esa inclinación francesa, que ha encontrado incluso reflejo en las recientes elecciones presidenciales, contrasta con otras exégesis, ciertamente más afortunadas. Nos referimos, de modo preciso, al discurso pronunciado por S. S. el Papa ante los miembros del V Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos. El actual Romano Pontífice ha captado acertadamente el problema planteado por la crisis del concepto de la soberanía, interpretada ésta en sentido absoluto, ilimitado e incondicional; de ahí sus reiteradas y luminosas alusiones al problema internacional de los instantes presentes. Destaca Pío XII la clara inclinación reinante, emproada a la realización de una comunidad internacional, ambición de alcance supranacional y por eso dice «la voluntad de prevenir amenazadoras discordias, lleva hacia una comunidad jurídica supranacional; las consideraciones unitarias, que ciertamente tienen además una notable gravedad, se dirigen hacia objetivos de paz; y, en fin, tal vez el desarrollo técnico ha despertado la fe latente en el espíritu y en el corazón de los individuos hacia una comunidad superior de los hombres, querida por el Creador y radicada en la unidad de su origen, de su naturaleza y de su fin». La soberanía no puede constituir un obstáculo interpuesto en el camino conducente a esa integración de ambición supranacional. «Ningún Estado —añade el Santo Padre— podría quejarse de una limitación de su soberanía, si obrara arbi-

trariamente o sin consideración hacia otros pueblos soberanos. Soberanía, no es la divinización de la omnipotencia de los Estados, en el sentido de Hegel o al modo de un positivismo absoluto.»

Las anteriores palabras abarcan la integridad del problema, actualmente pendiente de lo que estimamos inaplazable solución; el acierto de S. S. Pío XII, ha consistido en desligar al problema de la integración supranacional de meros factores emergentes. Considera que en el corazón de los hombres vive una fe latente, tendida hacia «una comunidad superior de los hombres querida por el Creador» y que ese anhelo preexistente e innegable puede verse robustecido a impulso de circunstancias que lo transformen, cada vez más, en inaplazable. Se da así clara beligerancia al Derecho natural y se huye de un mero voluntarismo, cuyo peligro consistiría en el carácter episódico de lo alcanzado, siempre amenazado por la espada de Damocles de su derogación.

Bien vale la pena de que el hombre viviendo en este ambiente complejo y confuso de la postguerra, medite sobre el alcance de las precedentes aseveraciones, ya que a poco que oriente su capacidad reflexiva hacia tales verdades, podrá percibir claramente dónde radica el factor dramático de estos años postbélicos. Se nos habla de una necesaria integración europea, pero incluso los más acendrados voceros de la idea no logran liberarse del episodio que puede considerarse como causa explicativa de sus anhelos aunitivos. Hasta el presente, tal movimiento integrador ha revestido la forma de un ademán reactivo y adoptó el perfil de una medida emergente, ante el peligro proveniente del Este. Así enfocado el problema, se empequeñecería en tal forma, que, en definitiva, en estos años cruciales, no asistiríamos a otro espectáculo que al encarnado en una nueva alianza, como elemento de equilibrio frente a una hegemonía amenazadora y eso no significaría otra cosa que el continuar la historia, lamentable, del episodismo europeo, cuyo punto de partida pudiáramos situar en el año de 1648 y de lo que se trata, es precisamente de truncar esa historia y de reanudar aquella otra interpretación, coetánea de la maquiavélica y desdeñada inexplicablemente por Europa: la de Francisco de Vitoria, situando, por encima de la soberanía de los Estados y como límite irrebalsable de su arbitrariedad, la ley objetiva internacional. Frente a esa visión, irremplazable, como lo evidenció la experiencia recogida a lo largo de cuatro siglos, se ha intentado oponer lo que S. S. Pío XII denomina soberanía, como «divinización u omnipotencia de los Estados, en el sentido de Hegel o al modo de un positivismo absoluto». Ese ademán absolutista, de tan prolongada como increíble vigencia, no es otra cosa que

la internacionalización de la denominada razón de Estado; así como el Príncipe construía arbitrariamente su propia razón, para convertirla en artificio que le deparase absoluta impunidad, respecto de sus súbditos, igualmente internacionalizada esa razón estatal, lo que podía ser condicionada autarquía, se transformaba en anarquía internacional, mal que Europa viene padeciendo desde los lejanos días de la paz de Westfalia.

Admite el Romano Pontífice que «la soberanía, en el verdadero sentido de la palabra, significa autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas y al espacio, según la sustancia y forma de las actividades»; mas ello no quiere decir que sea el Estado el que delimite su exclusiva competencia, ya que ello nos conduciría irremediamente a prorrogar la actual anarquía internacional. Ello, como también hace notar Pío XII, «no se resuelve con un simple sí o no», aun cuando esta fórmula es la que desgraciadamente fué incrustada en la Carta de las Naciones Unidas, al insertar entre sus cláusulas el ejercicio ilimitado e incondicionado del mal llamado derecho de veto. Aquí vemos consagrada y hasta construída con ambición de fortalecimiento la tesis de que toca al Estado esgrimir su propia razón, sin situarle en el trance de justificarla, siendo suficiente su simple alegación. Es así como se han prolongado, sin solución, en el orden del tiempo, una serie de problemas internacionales, y esa prórroga, como es bien sabido, no se traduce en otra consecuencia que en la de agravar cuestiones ya innegablemente complejas cuando se registró su aparición en el mundo internacional. De ahí la oportunidad que encierra la reciente exégesis que nos fué brindada por el Romano Pontífice.

#### DIRIGISMO Y PARROQUIALISMO

Entre los fenómenos posbélicos que han despertado explicable inquietud en los medios internacionales debe incluirse esa manifestación que se conoce con la denominación de tendencia francesa a la galvanización del llamado «dirigismo». Trátase de una inclinación compleja y no siempre calibrada con fortuna. De la misma se nos han ofrecido distintas versiones, ninguna de ellas claramente satisfactoria. Verosímilmente pueden articularse las interpretaciones que reseñamos a renglón seguido.

En el mundo de la trasguerra se tropieza con una evidencia: la alteración del equilibrio político con un perceptible desplazamiento de sus elementos integrantes registrado en el orden geo-

gráfico. La base nuclear del juego de fuerzas internacionales se ha establecido en dos sectores del mundo incuestionablemente no europeos de modo típico: los Estados Unidos y la U. R. S. S. Tal situación colocaba a la Europa occidental ante un trance de gravedad evidente: o aceptar como irremediable la mutación registrada en el reparto del poder sobre la tierra y proceder en consecuencia incrustándose los desplazados en uno u otro de los grupos acaudillados por los dos Estados protagonistas o intentar la segregación europea de los situados al margen de los dos citados astros de primera magnitud. Es perfectamente explicable que las dos naciones símbolo de la preeminencia posbélica intentasen fortalecer aún más su posición con nuevas adiciones: mas este afán de suma explicablemente había de provocar en el ánimo de los reducidos a la condición de satélites la aparición de un esfuerzo tendiente a liberarse del dilema generando una específica fuerza integrada por la reagregación de los amenazados por la supeditación. Si la Europa extrasoviética y marginal respecto de los Estados Unidos hubiese captado claramente lo que podía considerarse como su última coyuntura, tal vez no habríamos llegado a la angustiosa situación presente. Se daba la circunstancia de que Norteamérica, deseosa de adscribirse la amistad y la cooperación de la Europa occidental, al brindar a esta última posibles estímulos en realidad trabajaba por la secesión europea respecto del mundo trasatlántico. Así se inducía claramente de los reproches norteamericanos, acusando a Europa por obstinarse en prorrogar un «municipalismo» de imposible prolongación. El viejo mundo no quiso o no supo extraer las posibles consecuencias de ese explicable reproche de «parroquialismo» que los norteamericanos esgrimían como base de su andamiada dialéctica, y es aquí donde aparece claramente lo que Francia representa como agente de ese «parroquialismo» cuyos beneficios sólo podrían inscribirse en el «haber» del libro mayor soviético, ya que si dentro de la relatividad de la política internacional puede aseverarse que si ni Rusia ni los Estados Unidos deseaban ver consolidada lo que pudiera denominarse Europa autónoma, sin embargo las motivaciones aparentemente coincidentes que explican esa propensión finalista diferían sustancialmente a poco que se intentase penetrar en sus esencias. A Rusia no le desplazaba la aparición de la llamada «tercera fuerza» (ademán de disensión reiteradamente desacreditado), ya que necesariamente su cristalización había de traducirse en la secesión europea respecto de Norteamérica; esto aparte y especialmente bajo el influjo de la versión francesa, se intentaba teñir esa tercera fuerza de un «neutralismo» que a través de distin-

tas versiones nacionales se traducía en la consecuencia de la escisión (neutralismo alemán, hoy declinante, inclinado a la práctica de lo que redundantemente podríamos llamar protagonismo por pasividad; neutralismo francés, mezcla extraña de tres ingredientes: rusofilia, filocomunismo y obsesión del peligro alemán, encarnado en el rescate de una temida preeminencia). Para nutrir polémicamente esa confusa inclinación neutralista, Rusia manipulaba tres artilugios: las ofensivas de paz; la guerra fría y la paz fría, táctica triple no siempre diferenciada de modo conveniente; precisamente en esa incapacidad para la debida especificación de las tres citadas tácticas radica en gran parte la razón de ser de la desorientación occidental. En contraste con Rusia, Norteamérica, a menos de situarse en abierta contradicción con sus propios elementos lógicos, no podía torpedear, como la U. R. S. S. lo viene realizando, la inclinación tendiente a la integración europea. Antes bien la estimulaba, pero señalando un tope a su aquiescencia: la de que resultaba imprescindible, por tratarse de una realidad viviente, partir del supuesto del *leadership* norteamericano. La posibilidad de que la integración de Europa se llevase a cabo a través de una interpretación norteamericana generaba en Europa una explicable desconfianza; de esa disculpable reacción se dieron cuenta los norteamericanos y por ello Foster Dulles recientemente, desde Wáshington, hacía constar que los Estados Unidos buscaban en el mundo occidental europeo aliados, colaboradores y no satélites, aclaración que no podía tener más verosímil designio que el de atenuar los reproches opuestos desde estas viejas tierras al «dirigismo» norteamericano. Para reforzar esa tesis, el propio Foster Dulles últimamente en París y con ocasión de la reunión del Consejo de Ministros de la N. A. T. O. hizo saber que si en un plazo corto no se ratificaba el tratado de 27 de mayo de 1952, los Estados Unidos reducirían en un cincuenta por ciento la ayuda militar a Europa, advertencia calificada de *chantage*, cuando en realidad no constituía una sorpresa, por cuanto existe una enmienda norteamericana al proyecto de ayuda a Europa votada hace meses y a cuyo tenor, en el supuesto de no ser realidad la Europa séxtuple en un plazo de tiempo determinado, los Estados Unidos cercenarían su ayuda al viejo mundo. Este conjunto de elementos dan fisonomía específica a la posición norteamericana, que, como es fácil inducir, discrepa sustancialmente de la rusa, y si por los neutralistas europeos puede sostenerse que en definitiva aquí se perciben los ecos del *leadership* norteamericano, no parece fácil discrepar respecto de un extremo, a

saber, que el sedicente peligro norteamericano sería en definitiva un mal menor.

Las consideraciones que anteceden, a nuestro entender deben determinar la orientación, primero, y la posición, después, de la Europa occidental; debe hacerse ésta a la idea de que no dispone de plena libertad de movimientos, que ante ella y sobre ella están proyectando su influencia las dos preeminencias posbélicas, la rusa y la norteamericana, y que la prudencia y el instinto de conservación parecen de antemano determinar cuál debe ser y cuál puede ser la reacción del viejo mundo. Así enfocado el problema, la posición de Europa no nos parece tan irremediablemente dramática como algunos aseveran; la posible solución al problema pende más de Europa que de la acción de los dos grandes protagonistas de la hora presente. Desgraciadamente, Europa no parece haberse dado exacta cuenta de cuáles son aún sus coyunturas, y es al registrar esta carencia cuando por explicable asociación de ideas, como el lector de esta REVISTA tendrá ocasión de comprobar, nuestras reflexiones nos llevan a considerar, con la mayor objetividad posible, lo que la actitud de Francia en los instantes presentes representa como un obstáculo. La complejidad del problema que nos proponemos examinar aconseja que extrememos nuestra prudencia, ya que sería imperdonable que nuestras alegaciones incrementasen el confusionismo inquietante que impera en los medios de la Europa occidental posbélica.

#### UNA REACTUALIZACIÓN IMPOSIBLE

Francia, en su actual política internacional, se nos presenta como portadora de un complejo conjunto de inclinaciones sorprendentes. A este propósito se habló mucho de las obsesiones francesas, y entre éstas parecen destacarse como elementos de calificación, de un lado el denominado dirigismo francés, de otro su inquietud ante el problema de la seguridad, obsesión explicable aducida por un país que en menos de un siglo ha padecido tres invasiones, todas ellas provinientes de la otra orilla del Rin. Todo ello pretende Francia conjugarlo —hasta el presente sin éxito— cobijándolo bajo el manto de su muy alegado europeísmo. No le es dable desprenderse de ninguna de ambas inclinaciones (dirigismo y obsesión de la amenaza alemana) y por ello la doble proyección de los dos citados elementos se traduce en la consecuencia de que Francia, al realizar su política internacional, resulta ser portadora de una auténtica camisa de fuerza. El «di-

rigismo» o *leadership* precisa que quien lo encarna tenga la clara conciencia de su evidente superioridad, circunstancia que no se da en el supuesto de Francia, ya que no puede protagonizar en política internacional, con ambiciones de preponderancia, quien insistentemente demanda garantías frente a la preeminencia de Alemania. Tal idea fija se comprueba cumplidamente si consultamos aquellos pactos de alianza en que Francia es parte (apartados 1 al 3 de la convención militar francorrusa de 5 de agosto de 1892; artículos 3.º y 4.º del tratado de alianza y asistencia mutua francorruso de 10 de diciembre de 1944; párrafo tercero y artículos 1.º y 2.º del tratado de alianza francobritánico de 4 de marzo de 1947, conocido por el Pacto de Dunquerque; párrafo sexto del pacto de unión occidental de 17 de marzo de 1948 o Pacto de Bruselas). Con esas disposiciones a la vista, demostración concluyente de lo que pesa en el ánimo de Francia el temor a la preeminencia alemana, debe enjuiciarse el actual problema de Europa si quiere explicarse, nunca justificarse, la actual resistencia de Francia a ratificar el tratado instituyendo una Comunidad Europea de Defensa. Europa, y de modo especial la Europa posbélica, si quiere dejar de ser —como diría Metternich— una mera expresión geográfica, no puede desenlazar en una deseable integración sin la precisa e irremplazable participación de Alemania; mas todo induce a considerar que Francia no se ha dado cuenta de que esos tratados de garantía, realizados no con la inclusión de Alemania, sino considerando a ésta como a enemigo en potencia, no han liberado a Francia de las tres citadas invasiones. De ahí la necesidad de alterar el procedimiento prescindiendo de la marginalidad alemana y reemplazándola por una cooperación constructiva y aquietadora a la vez. Esta elemental verdad no parece que Francia esté dispuesta a aceptarla en lo que encierra como aleccionadora. A primera vista resulta ser incomprensible esa obsesión francesa, y precisamente por ello estimamos imprescindible hacernos cargo de las alegaciones francesas esgrimidas en apoyo de la negativa a ratificar el pacto de 27 de mayo de 1952.

Los franceses, que gustan mucho de rotular los problemas con una frase simbólica, alegan que la inclusión de Francia en el citado Pacto de París equivaldría nada más ni nada menos que a un *renversement des alliances*. Veamos ahora cómo se intenta nutrir dialécticamente la citada alegación. El esqueleto aliancista de Francia se articula con base a dos tratados: el de alianza con Rusia de 5 de agosto de 1892 y el también de alianza de 10 de diciembre de 1944. Para fortalecer la alegación se aduce que si fué posible a la Francia republicana pactar con la autocracia za-

rista, no existe motivo para no realizar lo propio en lo que a la autocracia soviética atañe. Los que arguyen en la precedente dirección ignoran que las circunstancias preparatorias de la alianza francorusa de 1892 eran bien diferentes de las que hicieron posible el pacto de 1944. En 1892 Francia carecía de derecho de opción; no podía pensar en la alianza con el vencedor de Sedán; tampoco con Italia, decepcionada al prometerse a Francia Túnez en el Congreso de Berlín de 1878; menos con Austria, enfeudada al I Reich, al serle adjudicadas, en ocupación y administración, la Bosnia y la Herzegovina; difícilmente con Inglaterra, de la cual la separaba una rivalidad colonial que iba en camino de ser secular, y como Francia, vencida, no podía resignarse indefinidamente con su aislamiento, llamó a las únicas puertas que entonces podían abrirse: las de Petrogrado. De ahí se deduce que de los dos elementos cuyo conjunto integra el contenido de toda política internacional, uno necesario y otro voluntario, en el caso de Francia predominaba el primero.

En ese instructivo período histórico a que dejamos hecha alusión se nos ofrece una lección de experiencia no desdeñable, y es que Bismarck, avanzando en el camino que había de conducirle a su inevitable ocaso político, pugnaba por galvanizar lo que él denominaba «política de los tres emperadores», mediante la cual quería prolongar tanto el aislamiento francés como la indecisión rusa. Mas en el corazón de Europa no hay lugar para la práctica de una política internacional apoyada en el sistemático diferimiento de las cuestiones y, en definitiva, Alemania debió optar por la Triple Alianza, con todas las consecuencias que tal inclinación implicaba. Ello deben tenerlo muy presente cuanto en Europa viven la vana ilusión de que Alemania si se la constriñe a prolongar su actual situación marginal y equidistante podrá convertir en perdurable lo que necesariamente es episódico, y si la Alemania federal no logra llevar a buen fin los diálogos hoy en curso tendrá que optar y doblar el cabo de las perplejidades.

Los que en Francia aluden con una insistencia sorprendente a «la inversión de las alianzas», arguyendo que la pactada con Rusia en 1892, al ser revitalizada en 1944 evidencia que la acción concorde de Francia y la U. R. S. S. tiene un marcado carácter biológico, ignoran que los pactos de alianzas, como en general todos los convenios internacionales, no es posible desligarlos de las circunstancias que posibilitaron su articulación y puesta en vigencia. En tal sentido resultaría inadecuado situar en un pie de igualdad la Alemania bismarckiana, omnipotente, de 1890, y la Francia vencida de la misma época, con la Alemania de 1945.



obligada a rendirse sin condiciones, la Rusia preponderante y la Francia, aun cuando postrada y tambaleante, al fin alineada en el grupo de vencedores. De todo lo cual inducimos que la alegada inversión de alianzas no se produce porque se altere el nombre de los titulares que la integran, sino, por lo menos en el presente caso, se mantiene la continuidad intencional precisamente modificando la personalidad de los pactantes.

Si a los efectos del problema que estamos examinando cambiásemos nuestra posición polémica de españoles por la de franceses, necesariamente habríamos de preguntarnos algo tan elemental como lo siguiente: ¿puede concebirse Europa sin la colaboración alemana?; y si como es presumible se responde negativamente, completariamos la anterior interrogante con otra así formulada: ¿fortalecería más la paz de Europa una Alemania integrada en el dispositivo occidental o rearmada autónómicamente? El deseable fortalecimiento sería más realidad en el primer supuesto que en el segundo. Los franceses no pueden, por tanto, ignorar que la evolución de la dinámica política internacional nos ha llevado a formular la consecuencia siguiente: irremediabilidad del rearme alemán, ya que una Alemania inerme como la actual constituiría seguro de que el actual e inquietante desequilibrio posbélico favorecería a Rusia, en la misma medida en que su prolongación fuese posible.

#### REEMPLAZOS ANACRÓNICOS

Acaso arguya el lector de estas líneas en el sentido de que en el análisis y el intento valorativo precedente no se han agotado todos los términos del problema planteado, por cuanto no es cierto que Francia se niegue sistemáticamente a prestar su asentimiento al irremediable e inaplazable rearme alemán; por el contrario, incluso los más obstinados oponentes al Tratado de la Comunidad Europea de Defensa (con la sola excepción de los comunistas) se avienen a concluir una alianza militar con Alemania si ello no implica la integración en un sistema unitario bajo un mando supremo de las fuerzas armadas del mundo occidental. Lo que propugnan, por tanto, los disidentes franceses, sería un tratado de alianza, como reemplazo, que estiman venturoso, del tratado de 27 de mayo de 1927. Hagámonos cargo del argumento y valorémoslo serenamente.

Los que hoy propugnan la conclusión de una específica alianza militar ignoran que su puesta en práctica pondría al desnudo

lo que hay de peligro anacrónico en tal intento. Es cierto que el tratado de 27 de mayo constituye un pacto de alianza (siendo así no se explica satisfactoriamente cómo al mismo se oponen los que hacen ostentación de su aliancismo), pero en sus disposiciones se revela cómo no resulta posible catalogarlo entre los convenios de alianza en sentido tradicional. De un lado, cuando se pacta una alianza señalándole medio siglo de duración, parece despojársela de aquel factor episódico que ha sido su nota específica desde que Maquiavelo abogara por imponer el criterio a tenor del cual la alianza es un tránsito, un capítulo de la historia, generalmente de dimensiones temporales reducidas; de ahí que en lo concerniente al factor vigencia el tratado de 1952 no es una pura alianza. En segundo término, hasta el presente las alianzas no afectaban directa o indirectamente a la subsistencia de la plena soberanía política de los pactantes, excepción hecha de la explicable cláusula a cuyo tenor se comprometían los contratantes a no concluir alianzas con aquellos frente a los cuales se había montado el dispositivo de defensa precautoria. Esto no puede aplicarse como elemento calificativo del Pacto de París, ya que en alguna de sus disposiciones se prevé que el tratado de 27 de mayo será un factor de integración, pero no el único, por cuanto se admite respecto de un futuro próximo la aparición de una superestructura política, rebasando la medida de las soberanías integrales, para dar paso a una superestructura. Esto es lo que ignoran cuantos desde Francia abogan por la conclusión de una alianza que no sólo quiete a los que padecen el mal nostálgico de las soberanías integrales, sino que permita considerar los futuros ejércitos de la Europa occidental como instrumentos de las respectivas soberanías y sin la garantía de una acción conjunta pactada de antemano, de tal modo que el área de acción de cada uno de los Estados contratantes se vea menguada en la medida que lo requiera una deseable integración de la Europa occidental; es ahora cuando puede decirse que Europa, o entra en nuevo período histórico o deja de existir como una realidad viviente, operante y compensatriz. Todo otro sedicente europeísmo constituye un puro anacronismo, y en esta coyuntura histórica tan grave y decisiva es en Francia donde parecen buscar cobijo los restos insepultos del más sorprendente de los anacronismos. Las parroquias subsisten y no se desactualizan porque sobre ellas están las diócesis y, por encima de todo, la autoridad suprema. Pero esta imagen no puede pluralizarse en el orden político; de ahí lo que sorprende ese obstinado parroquialismo francés tozudamente esgrimido por los que no vacilan en hacer alarde insistente de su europeísmo e

incluso no vacilan, a impulsos de una obstinación impresionante, en pretender dirigir una Europa que ellos mismos malogran con sus conceptos estrechos y acentuadamente anacrónicos.

#### POLÉMICA DE LA «LEADERSHIP»

La resistencia de Francia a ratificar el tratado instituyendo la comunidad defensiva europea, que tan visiblemente acusó su proyección a lo largo de las votaciones de Versalles, debe no sólo ser valorada intrínsecamente, sino en función de otra interrogante: la instauración de una posible preeminencia en la Europa llamada séxtuple. Francia considera que sus nostalgias dirigistas se malograron en el supuesto de que Alemania se integrase definitivamente en el dispositivo occidental europeo y para evitar que fuese realidad lo que, en el peor de los casos, constituiría un mal menor, no vacila, como hemos visto, en especular afincada en la posible cooperación con Rusia, revitalizando los pactos de 1892 y 1944. Tal construcción dialéctica adolece de un grave defecto: no percibir que si se pretende huir del asentamiento de una *leadership* en Occidente, no resta más solución que la de lograr la integración de Europa, con el respaldo, aquietante y compensariz, de los Estados Unidos e Inglaterra. Los dos citados países anglosajones se han dado clara cuenta de lo que esa valoración significa y, por ello, tanto Gran Bretaña como Norteamérica consideran que si la obstinación francesa imposibilita la integración de Europa, habrá que decidirse, bien sea por el rearme autónomo de Alemania o, si tal proyecto suscita explicables aprensiones en cuatro de los cinco signatarios del Pacto de Unión Occidental de 17 de marzo de 1948, incluir el planeado ejército alemán en los efectivos de la NATO; de los dos sistemas planeados, parece el segundo el más alejado del peligro que representaría la aparición de una *leadership* alemana.

Dejando a un lado aquello que tiene relación con el protagonismo alemán y refiriéndonos al factor británico, si a este respecto consultamos a la historia, las experiencias recogidas nos inducirán a colegir que Inglaterra, desde los tiempos de Enrique VIII, en mayor o menor medida, actuó como cabeza de coaliciones y la lógica histórica parece fallar, si consideramos que Albión se resiste a integrarse, con propósitos permanentes, en el dispositivo defensivo europeo. Ello no obstante, debe tenerse presente que Inglaterra, si reiteradamente se erigió en base nuclear de coaliciones, articuladas para hacer frente a hegemonías potenciales, siem-

pre llevó a cabo tal actividad sin departirse de un propósito circunstancialista, explicable si recordamos que para los británicos siempre han existido dos elementos diferenciales: la isla y el continente. En una palabra, que presenciamos un contraste sorprendente: de un lado Francia, obcecada con la prolongación de un «dirigismo» que no cuenta con apoyo en los medios occidentales de Europa, e Inglaterra, instada desde el continente para que acepte una colaboración (que implicaría la puesta en práctica, irremediable, de una *leadership* británica), mas con la condición de asignarle propósitos de permanencia. Esta última exigencia tropieza con la resistencia británica a enfeudarse irremediablemente a los problemas europeos, adscripción que inevitablemente la alejaría de la *British Commonwealth of Nations*, apartamiento, hoy menos deseable que nunca, a través de la interpretación ánglica, ya que cada vez se acentúa más el poder de atracción que Norteamérica ejerce sobre determinados dominios, especialmente los de Australia, Nueva Zelanda y Canadá (el último unido a Norteamérica, por el Pacto del Atlántico, en el cual también Inglaterra es signataria, y los dos primeros, ligados a Washington por el Pacto del ANZUS, en el cual no participa Albión) y para atenuar ese inquietante fenómeno, Inglaterra no considera aconsejable unirse a la Europa séxtuple, por cuanto esa adscripción afectaría sustancialmente a su condición de cabeza visible de la Comunidad de Naciones Británicas.

Algo semejante acontece con la *leadership* norteamericana. Los Estados Unidos se han visto enfrentados con un problema cuyo planteamiento no preveían y que exige nada menos que su inexcusable presencia en los cinco mundos y en los siete mares. Lo ingente de semejante tarea, veda a los Estados Unidos el adscribirse preponderante o exclusivamente a uno de los sectores del mundo, entre los varios, donde deben hacer acto de presencia. Precisamente, la universalización del problema del *leadership* norteamericano veda al gran protagonista de la otra orilla del Atlántico el montar la guardia en el Rhin con propósitos de permanencia.

Acaso sorprendan al lector de esta REVISTA las anteriores consideraciones, pero reputamos que si no reflejan exactamente la verdad, tampoco se distancian de la misma en tal medida que las convierta en recusables. Frente a esa realidad del solio vacante de la *leadership* europea, se ofrece, como contraste inquietante, la evidencia de que Rusia no sólo acepta su preeminencia, sino que trata de acentuarla mediante el sistema consistente en satelitizar su mundo circundante, dando así nacimiento no a una actividad imperial,

sino precisamente a su perceptible negación: el sistema de expansión imperialista. Esta es una de las muchas fallas de Rusia, y si hasta el presente este signo de clara debilidad no ha engendrado las consecuencias lógicas que de la misma debían colegirse, ello debe atribuirse a la *paz fría*, cuya finalidad no es otra que retirar provecho de las visibles disensiones perceptibles en el mundo occidental. Esta ausencia de unidad dimana de una premisa: Europa no ha sabido, hasta el presente, captar la verdad elemental de que resulta claramente anacrónica la práctica de un «dirigismo» adscrito a una determinada potencia y que el único protagonismo al alcance del viejo mundo occidental ha de referirse al rescate, por parte del mundo europeo, de un protagonismo de alcance y contenido continental, incompatible tanto con la aparición de complejos de inferioridad, cuanto con la nostalgia de «dirigismos» de imposible reedición.

CAMILO BARCIA TRELLES

